# ¿A LAS TABLAS Ó LA TABLA?

BALLÉ

## MONÓLOGO

Escrito en verso ó cosa parecida

POR

ANTONIO ALONSO GARCÍA

Tu°
Chaulon

MADRID

ESTAB. TIP DE BAENA HERMANOS
*14—Calle de la Colegiata—14.*
1902

642:5

# ¿A LAS TABLAS Ó LA TABLA?

## MONÓLOGO

Escrito en verso ó cosa parecida

POR

ANTONIO ALONSO GARCÍA

MADRID

ESTAB. TIP DE BAENA HERMANOS
*14—Calle de la Colegiata—14.*
1902

BALDER

# ¿Á LAS TABLAS Ó LA TABLA?

## MONÓLOGO

escrito en verso ó cosa parecida por

ANTONIO ALONSO GARCÍA

La escena representa una trastienda de comercio; á la izquierda y en último término cama con colcha de color y bajo ésta una manta parda con cenefa á grandes rayas encarnadas; en la pared, percha y colgando de ésta una blusa de albañil, un sombrero de anchas alas, una boina y un plumero grande; en el rincón derecha, una escoba, una regadera y un metro de madera de los generalmente usados por los comerciantes de tejidos; repartidas en la forma que se crea conveniente, cuatro ó seis sillas de enea y una mesa de pino. En primer término y á izquierda y derecha del espectador, un maniquí; ambos maniquís vestidos con falda y blusa de percal. Al levantarse el telón aparece SERAPIO recostado sobre la cama, de la que se separará cuando lo indique la acción; el actor vestirá traje de chaquet con pantalón muy corto y ceñido.

SERAPIO. (Con temor.)

¡Canastos! ¡Y qué vergüenza!
¡Me he colocado en un brete!
Mas... ¿qué hacer? Yo me decido...
¡y salga lo que saliere!

(Con timidez y amabilidad extremadas, próximo á las candilejas y dirigiéndose al público.)

¡Buenas noches! ¿Qué tal va?
¿Cómo se encuentran ustedes?

(Pequeña pausa.—Con tristeza é ira.)

¡No me contestan! ¡Infames!
¡Bípedos! ¡Viles! ¡Crueles!

(Con espanto.)

¡Caray! ¡Y qué cara pone
ese señor de ahí enfrente!

(Afable y en tono de súplica.)

¡Perdone usted, caballero!
¡Caballero, usted dispense!
No he pretendido faltarles,
y si les falté inconsciente
les suplico por San Bruno
que es el patrón de Brunete,
pueblo donde yo nací
el año setenta y nueve
entre siete y siete y media
de una tarde de Noviembre,
y de donde son mis padres
y todos mis ascendientes,
¡que me perdonen benévolos,
que sean ¡ay! indulgentes!

(Con alegría.)

¿Que me absuelven? ¡Dos mil gracias
reciban siete mil veces!
¡Qué buenos, qué cariñosos
que son y qué complacientes!
¡Y qué buena educación
que han debido dar á ustedes
sus papás y sus mamás!
¡Como que no hay más que verles
y acto seguido se nota
de una manera evidente
que todos ustedes son
unas personas decentes!

(Pausa.—Al público en tono familiar y comunicativo.)

De seguro que ahora mismo
por lo bajo y entre dientes
dirán ustedes: ¿qué es esto?
¿quién será este mequetrefe
que con descaro inaudito
de tal manera se atreve

á soltarnos cara á cara
tal atajo de sandeces?

(Pequeña pausa.)

¿No adivinan quién soy yo?
Pues... Serapio Linoncete
Batistilla y Gasa Escuálida;
la flor de los dependientes
del comercio de tejidos,
similares y *adyacentes*,
encanto de las doncellas,
espanto de los donceles,
ídolo de modistillas
candorosas é inocentes,
cuyos tiernos corazones
fácilmente se conmueven
al escuchar mis palabras
amorosas y elocuentes
que tienen ¡ay! por fortuna
y pésele á quien le pese,

(Con tono y desplantes melodramáticos )

¡la firmeza del acero!
¡la *frescura* de la nieve!
¡la seducción del brillante!
¡¡y el dulzor de los merengues!!

(Con énfasis.)

Lo que agregado á esta faz
de odalisca adolescente
y á este cuerpo al cual envidian
las palmeritas de Elche,
claramente patentiza
como siete y seis son trece,
que soy una personita
de *remuchismo* relieve.
Esto tan sólo en la parte
que á lo físico concierne,
que en la parte intelectual...
Alfonso el Sabio, *Moliere*,
Aguilera y Pablo Cruz
y otros sabios eminentes,
resultan ser á mi lado
unos míseros percebes.

Y no es porque yo lo diga,
que lo dicen mis parientes,
y todos mis conocidos
y personas que me quieren,
entre los cuales se encuentra
mi amado tío Silvestre
que es persona de experiencia
y de no escaso caletre,
como lo demuestra el ser
hace ya más de tres meses,
inspector de cobradores
en los tranvías del Este.
En fin, mi público amado,
que soy más listo que Lepe
y que el famoso Cardona
(que no hay duda fué un sapiente)
comparado á mí, resulta
un talento en el destete.

(Con naturalidad.)

Sabidas las cualidades
que me adornan y embellecen,
y que hacen de mí un sujeto
como pocos excelente
y á lo que puede añadirse
mi condición más saliente
(que es la modestia), está claro,
y hasta natural parece,
que ustedes piensen y digan:
—¡Demontre y que chico este!
¡Con razón puede decirse
que tiene mucha más suerte
que el barro de hacer... cacharros
para ciertos menesteres...!

(Con tristeza.)

Y no obstante, se equivoca
quien de esa manera piense;
¡pues también tiene en mi pecho
la pena cumplido albergue!

(En tono familiar y muy próximo á las candilejas.)

Aquí para entre nosotros
y sin que nadie se entere,

como les juzgo discretos
les voy, en un periquete,
á contar lo que hace tiempo,
por desgracia me sucede.
Yo, en contra de los deseos
de mi pobre tío Lesmes,
que de la tienda en que estoy
es el principal ó jefe
(si que también y á la par
un grandísimo zoquete),
no quiero ser comerciante
aunque por ello me tuesten.
Pues detesto los percales
y aborrezco los clientes
y me dan náuseas de todo
lo que á percalina huele.

(Con entusiasmo.)

¡Que á mí me *tira* el teatro
cual se dice vulgarmente,
y es el teatro mi dicha
y el teatro es mi palenque!

(Pausa.)

Mas no supongan por esto
que soy un pobre demente
que llevado de ilusiones
ser un Romea pretende,
pues si bien pudiera ser
que hasta á superarle llegue,
al presente soy tan sólo
un comiquillo incipiente
poseedor de aptitudes
en verdad nada corrientes.

(Con orgullo.)

Yo hago el drama y la comedia,
la zarzuela y el sainete,
hago el memo de manera
que á todo el mundo sorprende,
y hago banqueros y chulos,
cesantes y petimetres,
siendo mi especialidad
los borrachos de aguardiente.

En fin, mis disposiciones
para el arte de Riquelme
tales son y tan felices,
tan varias y sorprendentes,
que en un famoso teatro
ha poco, el pasado jueves,
faltó la primera dama
é hice el papel de Mercedes
en la preciosa comedia
titulada «Los Juanetes».
Y para que ustedes vean
que es una verdad solemne
cuanto les dije, al momento,
si ustedes me lo consienten
y prometen no decírselo
á mi buen tío Don Lesmes,
aquí, en la misma trastienda,
ligero cual un cohete,
ensayaré tres escenas
de tres distintos papeles
que me fueron repartidos
en la mañana del viernes.
Pertenecen á tres obras
de género diferente
que haremos (si conseguimos
que nos compren los billetes),
en el Teatro Martín
una noche de Septiembre,
(Con ironía.)
según creo, á beneficio
de una viuda reincidente
*que se ha quedado con cuatro*
*y al cuidado de un teniente.*
Haremos primero un drama
superior, de rechupete,
en un acto y titulado
de este modo incoherente:
«La impavidez de un adobe
ó los diez novios de Irene»;
obra primera de un chico
que es zapatero en Tembleque.
Después irá una comedia

y tras de ésta irá un sainete
y nosotros... ¡á la cárcel
como Dios no lo remedie!

(Transición.—Dirigiéndose al público.)

Leyendo estoy en sus rostros
que acceden de buena gana,
á que muestre incontinenti
mis aptitudes sobradas
para el cultivo del arte
de Vico, Valero y Talma;
voy, pues, á ceñirme al punto
mi tajante toledana
y á echarme sobre los hombros
mi fina y lustrosa capa,
para ensayar del papel
que me ha tocado en el drama
una escena deliciosa
en que yo pelo la pava
apoyado sobre el hierro
de linda reja volada,
tras la que bella se oculta
Irene, la noble dama
que cual simple rabanera
me pone de azul y grana
porque no acudí á decirla
mil dulces tiernas palabras
á la hora que de antiguo
ya tenemos señalada;
y á la que yo, conmovido
y con frase harto galana,
doile cuenta de cuanto hice
desde que asomara el alba.

A la terminación de estos versos el actor se pondrá la manta de la cama á guisa de capa, se habrá ceñido el metro á la cintura cual si fuera una espada y habráse colocado el sombrero, al que habrá doblado una de las alas y colocado una pluma grande á fin de imitar un sombrero chambergo.

(Al público.)

Escuchen porque la cosa
tiene muchísima gracia,
mucha, pero mucha, mucha,
mucha gracia trasnochada.

(Dirígese al maniquí de la izquierda y asido á una de las mangas y cual si aprisionase entre sus manos la de una dama, dice los siguientes versos con acento reposado y asaz melodramático y extravagante.)

Saltando ufano de mi blando lecho
al duro suelo de mi estrecha alcoba,
vestíme en tanto que radiante y bella
lucía alegre la naciente aurora.
De dicha alcoba en que durmiendo paso
tan sólo en parte las nocturnas horas
salí, y dichoso descendí á la calle
salvando presto la escalera angosta.
Con lentos pasos y de buen talante
y exenta el alma de amarguras hondas,
crucé cien calles que encontré desiertas
y al campo fuíme con mi dicha á solas.
Y allí, aspirando con deleite sumo
el grato y suave delicado aroma
que al viento lanzan los dorados lirios,
el blanco nardo y la bermeja rosa;
saltando arroyos y cruzando valles
de verdes pinos con flotantes copas,
ó bien echado sobre el blando césped
que al cuerpo sirve de mullida alfombra,
¡en vos pensando, mi adorada Irene,
pasé tranquilo la mañana toda!
Y ya de vuelta y al sonar las doce,
cansado el cuerpo y con la tripa floja,
en una venta que topé á la mano
con fresco vino y abundante sombra,
¡comíme un plato de patatas fritas
con una magra que me supo á gloria!

(Al público con satisfacción y envanecimiento.)

¿Qué tal la escenita, eh?
¡Eso es canelita en rama
con su miajita de clavo
y remuchísima salsa!
Y después... ¡vaya un estilo
*que me traigo* al recitarla!
¡Qué ademanes tan briosos
y qué actitud tan gallarda!
¡Vaya una voz agradable...

(si no fuera tan cascada)
y qué modo de accionar
y... ¡vaya una capa parda!

(Al público, aunque no le aplaudan.)

No se molesten ustedes
en aplaudir, ¡qué caramba!
¡Si eso que acabo de hacer
tiene muy poca importancia!
Y además, se hace preciso
que ponga fin á esta lata
porque he oído decir
á un pollo que está en butacas
y que sin duda me tiene
la mar de arrobas de rabia:
«¡Serapio, date prisita!
¡Serapio, que te la cargas!
¡Serapio, que estás diciendo
una porción de burradas!»
¡Y me está haciendo un Serapio
en la punta... de las mangas!
Así es que al momento voy,
salga pez ó salga rana,
á ensayar otra escenita
de las tres ya mencionadas
y que es por cierto una escena
llenita de filigranas,
en la que yo represento
un taurófilo entusiasta
que embriagado de ventura
y con salerosa planta,
dirigiéndose á su *nena*
que es muy bella, aunque algo chata,
la incita á ver la corrida
primera de temporada,
empleando para el caso
la siguiente *perorata*.

(Dirigiéndose al maniquí izquierda, con ademanes chulescos, puesta la mano izquierda en la cadera y echado el sombrero hacia atrás, al cual habrá quitado la pluma y desdoblado el ala, dirá los siguientes versos.)

Con la gracia y el gusto que Dios te ha dado
y con esa inocente coquetería
con que loco me tienes y enamorado,
ponte, dueña absoluta del alma mía,
tu lujoso y flamante mantón bordado.
Y aunque sé que tu cuerpo no necesita
más adornos y galas que sus primores,
en tu pecho, que guarda castos amores,
y en tu rubio cabello, que al oro imita,
de tus frescas macetas coloca flores.
Tu tocado termina pronto, en seguida,
pues deseo llevarte, prenda querida,
á que veas conmigo, desde una grada,
en el circo taurino la gran corrida;
la primera corrida de temporada.
El ganado es soberbio, de buen trapío;
son los diestros valientes y de tronío,
y han de hacer muchas suertes con lucimiento,
y apostarme bien puedo que ni un asiento
ha de haber en la Plaza que esté vacío.
Como en otras corridas en ésta espero
que en la fiesta haya muchas mujeres bellas
y conmigo, chatilla, llevarte quiero
á que causes la envidia de todas ellas
con tu rostro, que es lindo como un lucero.
Quiero, sí, que los muchos aficionados
que á la Plaza concurran entusiasmados,
al mirarte, bien mío, vean gozosos
lo que vale una rubia de ojos rasgados,
transparentes, azules, grandes y hermosos.
Y que todos, prendados de la hermosura
de tu cuerpo divino, que es gloria pura,
con deleite te miren y con deseo
y que digan celosos de mi ventura:
¡Quién tuviera la suerte de ese tío feo!

(Pequeña pausa; después y diciendo los versos siguientes, se pondrá la blusa y la boina.)

Y vamos con la tercera
de las escenas citadas:
hago en ésta un personaje
de hechuras y circunstancias;
un Castelar con boina,
alpargata y blusa blanca,
el cual, poniendo á las suegras
al par que verdes, moradas,
airado le espeta á un miembro
de la Sociedad llamada
«Las suegras son el motivo
de las desgracias humanas»
este discurso:

(En tono fuerte y con ademanes y dejo achulapados.)

Señores,
haiga silencio en la sala:
En todo el tiempo que lleva
esta Sociedad fundada,
lo que según mis informes
es ya de fecha muy larga,
pues data su fundación
de la semana pasada,
todos los que sus halláis
honrando esta noble tasca
habís visto que en jamás
falté á nadie de palabra,
por entender que el faltar
es cuasi cuasi una falta;
Pero como soy quien soy
y soy quien me da la gana,
y además de eso poseo
por quintales las agallas
y no me faltan pulmones
pa romperle las quijadas
al primer *ninchi* que diga
«soy un guapo con extrañas»;
con este tono tan suave
de que acabo de hacer gala,
voy á decirle á ese socio
que de perorar acaba,
los susiguientes concetos

ó susiguientes palabras:
¡A usté le tiene su suegra
debajo de las enaguas!
¡Usté es un manso cordero
reogao con flor de malva
y que tié por corazón
el hueso de una azofaifa!
¡Y en vez de llevar la blusa
debiera usté, por bragazas,
usar un refajo verde
con puntillas encarnadas!
(Y juro, señores socios,
puesta la mano en la faca,
que no me gusta faltar
á ninguno de palabra).
Pero hay cosas que producen
ganas de hacerse la barba
y para mí que ese socio
le llama á su suegra mama
y le ayuda á echar los pingos
los lunes en la colada.
Y eso demuestra á mi ver
tan clarito como el agua,
que el socio está desahuciado
de eso que se llama lacha
y que es lo que da á los hombres
virilidad y sustancia.

(Con tono suave y templado.)

Comprendo que venga el socio
porque al hombre así le plazca,
hablándonos de su esposa
y de las dichas sin tasa
de que goza un hombre honrao
que por los suyos se afana,
cuando al volver del trabajo
halla á la hembra de sus ansias
rodeá de los hijuelos
que chillan, ríen y saltan.
Comprendo que nos explique
los goces que siente su alma
cuando uno de sus hijitos,
ensuciándole la cara,

le da millares de besos
y con infusión le abraza
y con voz que por lo alegre
se parece á las sonajas,
le dice mientras le mima:
«¿Me cheres mucho, dí, papa?»
Comprendo, en fin, que nos diga,
más contento que unas pascuas,
que prefiere á toos los goces
las delicias de su casa,
aunque en ella sólo coma
las nutritivas patatas.
Pero que venga diciendo
que es más feliz que un monarca
al lao de su suegra... ¡Vamos
que eso de la raya pasa
y merece un correctivo
propinao con una estaca!

(Pequeña pausa y después en tono más reposado.)

La suegra, que es más antigua
que la infeliz raza humana,
puesto que anda por el mundo
dando guerra enhoramala
desde que la señá Eva
y el señor Adán pecaron
por aquello de atracarse
de ciruelas... ú manzanas,
es, ha sido y será siempre
un artefacto con faldas,
con la intención de un inglés
y la labia de un Sagasta.
Es más glotona que un fraile,
es chismosa y charlatana,
y si sus fijáis veráis
que respira en cuanto habla
hiel revuelta con veneno,
con acíbar y mostaza.

(En tono algo más violento.)

Así, pues, y al respetive,
y de acuerdo y consonansia
con lo que manda el artículo

número diez, base cuarta,
del reglamento interior
de esta Sociedaz honrada,
sus propongo, que á ese socio
le digáis que ahueque el ala,
pa que le diga á su suegra
que le ponga sobrefalda
y le peine á lo Merode.
He dicho.—Paulino Taña.

Ahora mi público amado
otórgame una palmada
y díme si me dedico
á las tablas ó á la tabla.

BALDER

FIN

3 0112 117457918